

## *La obra última de Vicente Cacho (1929-1997)*

ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA  
Departamento de Historia Contemporánea (UCM)

Muchas de las lecturas reposadas que hizo Vicente Cacho a lo largo de su vida están, seguramente, contenidas ahí, en esos textos últimos que nos legó al morir. Como lo están, también, retazos y reflejos de esas conversaciones —hallazgos y sorpresas, miles de sugerencias— de que hacía regalo a sus amigos. *Revisión de Eugenio D'Ors (1902-1930), seguida de un epistolario inédito* (Barcelona, Quaderns Crema/Residencia de Estudiantes, junio de 1997) y *Repensar el noventa y ocho* (Madrid, Biblioteca Nueva, noviembre mismo, faltando pocos días para su desaparición) son los dos libros últimos de Cacho que, a la espera de tener en las manos las páginas escritas sobre el nacionalismo catalán —las que debieran remitir a Ortega también, quizá— tengo el propósito de comentar aquí.

Fueron puestos a punto los trabajos citados, reescritos para ser editados bajo aquella apariencia o de nuevo pensados, mientras Vicente Cacho comenzaba a vivir —con admirable fuerza y emoción que para mí fue un privilegio compartir, en la medida en que él mismo quería— una experiencia nueva, intransferible y única, inaugurada a partir de un diagnóstico hecho por los médicos. *Acusó entonces una urgencia, nueva también, por la ordenada publicación de sus escritos*, una tensión que antes no parecía haber sufrido —nunca había sido prolífico, pero siempre midió, y aquilató muy bien, todo aquello que había de publicar—, se instaló en una urgencia que acabaría resultando, viéndola desde fuera, pura necesidad: quizá el pago de una deuda contraída de antiguo (mas nunca confesada antes de aquel momento, al menos que yo sepa), tanto para nosotros —colegas o estudiosos— como, quizá, para consigo mismo. Y respondió Vicente Cacho a esa situación nueva con tanta energía como generosidad, ganando tiempo al tiempo, entregándolo todo a esa tarea —hasta ahí no sentida como un deber ligado a nuestra profesión—: la de dejar en orden, compilada y reescrita —muy bien por cierto, y acaso previamente, en ciertos casos, igualmente bien dicha—, al menos una pequeña parte de aquello que pensó. Octavio Ruiz Manjón le fue de ayuda grande.

Quien pretenda trazar el recorrido de un camino intelectual entero, el de Vicente Cacho, antes de desembocar en esos dos libros importantes que comentaré, no tendrá que acometer tareas farragosas, ni se verá obligado a acometer búsquedas complicadas por la —no siempre interesante, claro está— extensa producción de estos últimos lustros en nuestra profesión. Tropezará en seguida, como bien se conoce, con una tesis doctoral espléndida, que, al ser leída en la Universidad de Madrid, durante el curso de 1960-61, aparecía aún denominada con su idea original: «La Universidad española en la época de la Restauración», 2 vols.

Publicada más tarde por Rialp, en el año de 1962, ya para entonces se había convertido en ese depurado y fundamental texto, exacto y riguroso, a propósito de la Institución Libre de Enseñanza durante su primera etapa, un estudio que nadie interesado en la historia educativa y/o intelectual española contemporánea ha podido, hasta aquí, dejar de consultar.

Desde entonces también, en los años siguientes, mucha lectura —y muy bien escogida—, junto a una atención excepcional —francamente infrecuente— a los dos polos de la vida política y cultural de la España contemporánea, Madrid y Barcelona (a los que nunca consideró Vicente Cacho de modo separado, sino en constante imbricación y mutua referencia, no ayunas de conflicto), irían asentándose sobre su inteligente sensibilidad para atender, a un tiempo, a lo particular y a lo general. Si algo distingue, de modo singular, la manera de hacer este tipo de análisis de historia cultural que forjaría la obra de Vicente Cacho, es su especial talento para centrar en su exacto «contexto de posibilidad» la *singularidad*, para situar en su adecuado marco todas y cada una de aquellas experiencias intelectuales de excelencia, de finales del siglo XIX y principios del XX, que tanto le interesó historiar.

Es esa cualidad de índole hermenéutica, seguramente, la nota general que define mejor a un buen historiador. Y es la que hizo de Cacho, al cabo de los años, depositario excepcional de saberes sutiles, gestor de hipótesis y de interpretaciones —de «ironía suavemente maliciosa», en palabras de Fusi— nada comunes, siempre sugerentes. En resumidas cuentas, la que lo convirtió en un autor, francamente inusual, al que le preocupaba más ofrecer a un lector minoritario textos muy breves, trabajados del todo en su especial factura de fragmentariedad, que zambullirse arriesgadamente —por entenderlas insatisfactorias— en visiones extensas o amplias reconstrucciones de alcance general.

Escribió, sin embargo, mucho más de lo que la mayoría de nuestros colegas ha creído hasta ahora. En textos colectivos, revistas variadas, misceláneas acaso, puede seguirse esa producción que es, sin duda, compacta y coherente. Buscar con atención permite por ejemplo rastrear, desde el 78, la primera versión de su fértil idea de establecer un paralelo entre la Francia de 1870 —el país por excelencia de la humillación y la derrota— con la España de 1898. Un modelo fecundo, de historia cultural comparada, recientemente vuelto a plantear —y a reescribir— por Cacho, como capítulo segundo de su libro *Repensar el noventa y ocho*. Lo más central en él, la hipótesis de una doble respuesta intelectual a la derrota (la moral de la ciencia, desde el centro del Estado, y la moral nacionalista,

desde la periferia catalana), tiene un par de agujeros, a mi modo de ver: el de considerar ya liquidado el positivismo (nada de ello tiene que ver, sin duda, con la pulsión regeneracionista que parte de los profesionales de la ciencia, y que, no obstante habría de ayudar a darle cuerpo a esa misma «moral» —me refiero a Cajal, pero no sólo a él—), y el de no introducir en la «otra» moral, la del catalanismo cultural, aquel mismo factor —el de la ciencia—, que se movía también, en un contexto claro de particularidad, en los marcos estrechos del positivismo.

Posiblemente, y a pesar de todo, introducir este par de elementos no dejaría de darle aún más fuerza al modelo de Cacho, una vez matizado, en lugar de negar su viabilidad. Pero si nunca llegué a hacerle presente esta objeción, que se apoyaba en una similar intención de establecer comparaciones con la ciencia francesa —y con sus propagandistas— tras la derrota de Sedán, como ya habíamos hecho José Luis Peset y yo, sólo mía fue la culpa. El texto había aparecido, en su versión primera, en el *Homenaje a D. Jesús Pabón* que publicó, en su número 113, la *Revista de la Universidad Complutense*.

Con más cuidado todavía y mayor atención, puede seguirse entera la delimitación —tan coherente como afecta al mosaico— de la obra de Cacho. Y sus dos grandes temas: el catalanismo cultural, modernismo y *noucentisme*, y los varios caminos que, de una manera u otra, conducen hasta Ortega y su papel central en la vida intelectual española. Durante los años ochenta, y aun más en los noventa, puede el lector desgranar en sus prólogos, artículos, ensayos o capítulos de obras colectivas, de diversa extensión mas nunca inanes o de compromiso, muestras diversas de aquellos dos amplios horizontes de investigación, nunca alejados uno del otro en los análisis de Vicente Cacho, siempre al fin confluyentes y siempre en relación.

Si hay algo que contenga, en un término solo, ese trabajo vario, creo que podría ser la vertebración que arraigaba en la mente de quien lo realizó, la profunda unidad que tuvo su diseño, tan raro entre nosotros, de lograr un proyecto —solvente y bien armado— de dar cabida, en nuestra historiografía, a una normalizada (más bien anglosajona, ocioso es decirlo) «historia intelectual».

Los textos elegidos por Vicente Cacho para dar armazón a esas 175 ágiles páginas que forman el volumen que el autor rotuló *Repensar el 98* se leen de un tirón, y hasta saben a poco. Conservan (y refuerzan) ese aire nuevo que tuvieron sus piezas respectivas en el momento mismo de su aparición, sin que esa novedad u originalidad en las propuestas interpretativas, firmemente avaladas por el dato preciso, la referencia exacta, lleguen jamás a desconcertar al lector, a desviarlo de una promesa implícita —que sin duda se sella al trascender el prólogo, sencillo y contundente— de darle la razón.

En el momento en que escribo estas líneas (que nunca han pretendido ser una necrológica<sup>1</sup>), casi a finales de 1998, *Repensar el 98* ha sido, por fortuna,

<sup>1</sup> Mucha más información biográfica puede hallarse en Jordi Llorens i Vila i Jordi Casassas i Ymbert, «Vicente Cacho Viu (1929-1997). In memoriam», en *Cercles. Revista d'Historia Cultural*, 1, 1998, pp. 46-51.

bien acogido entre los historiadores españoles que han venido ocupándose del final del siglo, y algunos de los cuales —casi me atrevería a sospechar— descubrirían, de esta manera, felizmente el trabajo de su autor. Pero es sin duda, además, un libro del que, al margen de evocaciones y efemérides, tendrá que hablarse mucho de aquí en adelante, según nos adentremos en el XXI todavía más. Porque, entre otras virtudes, ofrece lineamientos, muy bien trazados y no menos polémicos, para esa prometida reconstrucción global del panorama intelectual del primer tercio del siglo XX que, en torno a dos hegemonías generacionales entre sí repartidas, la de Prat de la Riba y la de Ortega y Gasset, permitirá avanzar algo más en el entendimiento de esas dos realidades —que concentran en torno a sus pivotes Madrid y Barcelona— que hacen del mutuo engaño y la invención del conflicto una parte, histórica y sistemática, de su doble mecánica de relación y su específica formulación identitaria, quizá su respectiva razón de ser.

Precisamente algo muy sustancial de este flujo y reflujo —cómplices y contrarios los intelectuales de una y otra banda, todo ello a la vez—, y algunos de los juegos emprendidos en torno a aquél engarce de espacios culturales, teniendo como eje la política, aparece apuntado con magnífico estilo en aquel otro libro del que quiero ocuparme, la *Revisión de Eugenio D'Ors*, con 109 cartas de su epistolario, que al menos pudo ver editado sólo unos días antes de morir.

El libro es, también breve (148 páginas escritas por Cacho de un total de 382), un puñado de cosas a la vez. La primera, una contribución, sin duda imprescindible, que habrá ya siempre que tener en cuenta en nuestra historiografía, llena de luces y de claridad en su manera de enfocar las cosas y en su controvertida originalidad. Y no es desde luego que, de Eugenio D'Ors, lo ignoráramos todo, ni mucho menos, una vez que, de tiempo en tiempo, un interés periódico por el personaje se despierta en la vida intelectual de Barcelona, mucho más que en Madrid. Representante hoy de un **noucentisme** que se ha hecho extensivo a un periodo de tiempo y a unos representantes más numerosos de aquella circunstancia para la que el propio D'Ors lo creó, podría incurrir en tabú quien presentara un retrato diferente.

La edición en 7 volúmenes de la obra en catalán de «Xenius», de la que se ocupó no hace mucho Josep Murgades, también para Quaderns Crema, parecía culminar los estudios valiosos hechos en los años ochenta sobre D'Ors: Carles Garriga, Eugenio Trías, Joan Tusquets, Norbert Bilbeny y, ya en 1991, Mercé Rius (seguro, aún, que me dejó algún otro). Frente a estos textos, que preferentemente abordan los aspectos literarios y filosóficos, culturales en un sentido amplio, de la obra de un Eugenio D'Ors nunca bien comprendido, al decir de los más, el trabajo de Cacho introduce aquella otra dimensión sociohistórica, propia de su manera de lidiar con la historia de «lo particular», que ya señalé antes: la de llevar directamente, al actor individual, hasta el centro mismísimo del escenario todo (en este caso, son varios escenarios en competencia interna), iluminando antes la escena por completo. Dicho de otra manera, mar-

cando claramente los contextos a la hora de dibujar itinerarios, cuidándolos con mimo a la hora de proponer cuáles fueron, de hecho, los condicionantes y las limitaciones colectivas que operarían decisivamente (él prestaría atención privilegiada a la categoría, útil, de «generación») en cualquiera de las existencias individuales, de excepción, que acabarían por interesarle.

Vistas así las cosas, elige Cacho aquí una interpretación central privilegiada para fijar la trayectoria de aquel joven de brillantez extraordinaria, ingenioso, diletante y políglota, reflejo impenitente de la vida exquisita de aquel París de principios de siglo que, a través de figuras variadas, proporciona (tanto a la catalana Barcelona como a la, en cierto modo, siempre provinciana ciudad de Madrid) sus referentes básicos. Allí sitúa el vértice del triángulo imaginario que delimita severamente los espacios para los personajes. Y ésa es ahora, a mi modo de ver, la segunda virtud que ha de hallarse en el texto: la del lugar «externo» desde donde se mira hacia nuestros problemas.

Quiero decir con esto que, otorgando significado posterior a la experiencia juvenil de Eugeni D'Ors, nos ha entregado Cacho una lectura cohesionada de su primera obra y actitudes, continuista quizá, viniendo de este modo a elaborar, sin miedo y sin ambages, una lectura contra corriente de nuestro personaje que lo convierte, indefectiblemente, en un protofascista español, un ideólogo de la violencia y del orden, lo mismo que del clasicismo estético —en paralelo con la novedad—, similar a esos otros, coetáneos a él mismo, que —al decir de unos cuantos historiadores— dieron origen a un tipo de fascismo intelectual, elitista, todavía sin masas, en este lado de Europa occidental.

Aquel protofascista, según esta lectura que Cacho nos propone, forjado por completo en París, querría desembarcar en Cataluña con la misma propuesta (con todo liberal, mas nunca democrática) de rebeldía ultranacionalista y extremadamente autoritaria. Una propuesta que, por carecer de unas bases sociales adecuadas y de un mínimo de complacencia de la elite política del nacionalismo catalán, se truncó y no cuajó. Alguno hubo no obstante que le hizo caso todavía un tiempo en Barcelona, al menos hasta saldarse en un fracaso su intento de asentarse en la cátedra de filosofía de aquella Universidad, poniendo en movimiento todo tipo de influencias externas al propio escalafón —nadie puede extrañarse—, y sin más resultado que aquel voto de Ortega, que tanto agradeció. Finalmente, sus apoyos barceloneses iban a separarse, irremediablemente, de quien no tendría nunca un proyecto cultural y político que fuera compatible con el del catalanismo democrático, que sería el triunfador.

Las críticas posibles a esta interpretación son, bien se comprenderá, de muy diversa índole. Desde las más privadas y de razón más íntima, las que no se resignan a encararse del todo con un elemental antecedente de quien después sería, ciertamente, un puntal cultural del primitivo régimen de Franco (desvanecida del todo ya, en 1937, su anterior devoción por Prat de la Riba, el «líder intergeneracional» catalán), hasta esas otras que matizan, conceptualmente, las fuentes y la naturaleza concreta del pensamiento del joven D' Ors, negando

a aceptar que bebiera exactamente del fascismo (un fascismo temprano, intelectual), como hace Cacho apegándose a otros casos examinados por Sternhell, y opinando, por contra, que conviene insistir más bien en el carácter excepcionalmente integral, y autoritario, de su nacionalismo. Al fin y al cabo, se trata de un conflicto de interpretaciones que excede la figura particular de D'Ors y lo lleva de nuevo de vuelta al manantial de donde había recibido su inspiración política primera, la *Action Française*, especialmente durante su primera estancia (1906-1910) en París.

Las cartas recogidas en el volumen son, por sí mismas, un regalo mayor. Escritas a Unamuno —en quien descansaría el catalán su decepción mayor por salir francamente malparado en la pugna de liderazgo intelectual, ya pensando en Madrid, que entabló con Ortega—, a Giner, a Cossío, a Rubió i Lluch, a Prat de la Riba, a Maragall —cuyo gusto estético nunca compartió—, a Pérez de Ayala, a Ortega mismo, a dos mujeres (la suya, María Pérez-Peix, un paquete de cartas desde Italia, y un par de ellas muy largas a Adelia Acevedo, confidente de sus preocupaciones intelectuales también). Todas ellas, casi sin excepción, proporcionan imágenes distintas, no siempre compatibles, del mismo personaje.

Tomando en serio, aunque con ironía, los dobleces y fintas indudables de este epistolario, escribió (y dijo) Cacho que era muy arriesgado, por ésta y otras razones, tratar de establecer una sola lectura, tomarse en su sentido literal las cosas que escribió (y dijo) Eugenio D'Ors. Creador de su propio personaje, inventor de una prosa de preciosismo extremo, al menos en castellano (y de un curioso catalán lleno de innovaciones, peor, al gusto de algunos, que su fino francés), Eugenio D'Ors tendría la mala suerte —de ser cierta la idea de la sustitución, y los conflictos, de generaciones que nos propone Cacho— de ser más joven de lo conveniente para salir triunfando, para encontrar un hueco de suficiente cobertura para su hondo deseo de hacerse con las claves de la situación. Además, siendo más rica en intelectuales como era Cataluña en aquel primer tercio, allí era más difícil todavía resolver su ambición. Y ello le haría, finalmente, recalar en Madrid. Pero, entre tanto, las cosas se habían hecho un tanto más difíciles, pues allí estaba Ortega, peor filósofo quizá —si es que vale de algo la opinión de Aranguren, compartida por algunos—, incluso menos culto y brillante que el propio D'Ors, pero más arraigado en el terreno de la vida política, y mucho más convincente para la mayoría de los potenciales seguidores. Y que, además, no parecía tener la menor intención de dejar un resquicio, ni mucho menos compartir el trono, con los recién venidos.

Indirectamente, a partir de este punto en que lo dejo, este libro es también una importante contribución en sugerencias y en material empírico, a esa biografía intelectual del Ortega y Gasset de la preguerra, un libro más que Cacho hubiera completado, de haber vivido, de manera tan fina como provocadora, seguramente, y que ahora —al menos con el talento que él lo hubiera acabado— está aún por escribir.

## PUBLICACIONES DE VICENTE CACHO VIU

### A.) Libros

1. *La Institución Libre de Enseñanza. I. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*, Rialp, Madrid, 1962, 572 pp.
2. *Revisión de Eugenio d'Ors (1902-1930) seguida de un epistolario inédito*, Quaderns Crema y Residencia de Estudiantes, Barcelona, 1997, 382 pp.
3. *Repensar el 98*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, 175 pp.

### B) Estudios introductorios y prólogos

4. *Els modernistes i el nacionalisme cultural (1881-1906)*, Edicions de la Magrana, Barcelona, 1984, pp. V-XLII.
5. Margarita Sáenz de la Calzada, *La Residencia de Estudiantes 1910-1936*, CSIC, Madrid, 1986, pp. 11-22.
6. Francesc Cambó, *Memorias (1876-1936)*, Alianza, Madrid, 1987, pp. I-XIV.
7. José Ortega y Gasset, *Cartas de un joven español (1891-1908)*, edición a cargo de Soledad Ortega, eds. El Arquero, Madrid, 1991, pp. 15-38.

### C) Capítulos de libros

8. «Florentino Pérez-Embid: su patriotismo crítico», en *Florentino Pérez-Embid: homenaje a la amistad*, Planeta, Barcelona, 1997, pp. 139-145.
9. «Don Francisco Giner y el nacionalismo catalán», en *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Tecnos, Madrid, 1977, pp. 175-188.
10. «Catalanismo y catolicismo en el ambiente intelectual finisecular», en *Aproximación a la historia social de la Iglesia española contemporánea*. Ed. Biblioteca de la Ciudad de Dios, San Lorenzo de El Escorial, 1978, pp. 297-321.
11. «Catalonian Modernism and Cultural Nationalism», en Wlad Godzich and Nicholas Spadaccini (eds.), *The Crisis of Institutionalized literature in Spain*, The Prisma Institute, Hispanic Issues 3, Minneapolis 1988, pp. 229-250.
12. «La Junta para Ampliación de Estudios, entre la Institución Libre de Enseñanza y la generación de 1914», en J. M. Sánchez Ron (coord.), *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, CSIC, Madrid, 1988, pp. 3-26.
13. «El imperio intelectual de Ortega», en *Desde Occidente. 70 años de Revista de Occidente*, Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, 1993, pp. 41-57.
14. «La imagen de la España finisecular», en *Homenaje a Antonio de Béhencourt Massieu*, 1995, pp. 361-386.

15. «El compromiso público de Ortega y Gasset en la España de su tiempo», en *Ortega y la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1997, pp. 151-165.

16. «Crisis del positivismo, derrota de 1898 y morales colectivas», en J. P. Fusi y A. Niño (eds.), *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, pp. 221-237.

#### D) Artículos científicos

17. «Josep Pijoan y la Institución Libre de Enseñanza», en *Insula*, n.ºs 344-345 (0708/1995), pp. 11 y 21-22.

18. «Francia 1870-España 1898», en «Estudios de Historia Moderna y Contemporánea. Homenaje a D. Jesús Pabón (II)», *Revista de la Universidad Complutense*, Madrid, n.º 113 (1978), pp. 131-161.

19. «Ortega y el espíritu del 98», en *Revista de Occidente*, 2.ª época, Madrid, n.ºs 48-49 (05/1985), pp. 9-53.

20. «La imagen de las dos Españas», en *Revista de Occidente*, 2.ª época, Madrid, n.º 60 (05/1986), pp. 49-77.

21. «Unamuno y Ortega», en *Revista de Occidente*, 2.ª época, Madrid, n.º 65 (10/1986), pp. 79-98.

22. «Modernismo catalán y nacionalismo cultural» en *Eutopías*, Valencia, vol. III, n.º 1 (1987), pp. 135-153.

23. «Los supuestos del contemporaneismo en la historiografía de posguerra», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense, Madrid, n.º 9 (1988), pp. 17-28.

24. «Proyecto de España en el nacionalismo catalán», en *Revista de Occidente*, 2.ª época, Madrid, n.º 97 (06/1989), pp. 5-24.

25. «La Institución Libre de Enseñanza, desde dentro», en *Revista de Libros*, Madrid, n.º 6 (06/1997), pp. 3-5.

#### E) Folletos y conferencias

26. *Las tres Españas de la España contemporánea*, Ateneo de Madrid, 1962, 36 pp. Col. «O crece o muere».

27. «Los Lasso de la Vega y la iglesia parroquial de Cuerva», en *Peñaflor*, Cuerva (Toledo), n.º 22 (12/1/91), pp. 5-35.

#### F) Artículos periodísticos

28. «Ante un cincuentenario: el Instituto-Escuela», en *Madrid*, 9-5-1968.

29. «Don Ramón Menéndez Pidal», en *Madrid*, 16-11-1968.

30. «El drama de Cambó», en *Madrid*, 28-7-1969.

31. «Ortega y el socialismo», en *El Socialista*, 3-8-1983.